



EL SONIDO DIGITAL: penúltimo y armonioso grito

JOSE RAMON RUBIO

LA capacidad que algunos seres humanos tienen de asombrarse ante la novedad corre paralela a la propensión que otros tienen de indignarse frente a la misma. En materia de tecnología de la comunicación la circunstancia ha hecho justamente célebre la distinción entre apocalípticos e integrados, distinción que se hace advertir con especial encono en cuestiones que, como la grabación y reproducción mecánica de sonido, tienen una importante repercusión artística y al tiempo una notabilísima proyección comercial.

Durante el siglo largo de existencia del sonido grabado se han venido sucediendo sin mucha solución de continuidad las innovaciones a su respecto. La cinta magnetofónica, el microsuro, el disco de larga duración, el sonido estereofónico, la cassette, la cuadrafonía, el disco de registro directo... y tantos otros pasos —que de momento no calificaremos de «adelantos»— han sido saludados con exaltadas voces que, enfrentándose, proclamaban de un lado que se había llegado al no va más de la perfección, y del otro que se

había consumado la muerte del arte. El mercado se llenaba de productos aderezados de verbeno científico que invitaban al contribuyente a «entrar en el mundo —maravilloso, mágico o lo que fuera— del sonido tal y el sonido cual», mientras que, en pagos más concienciados y recelosos de imperialismos, se contemplaban las actitudes de contrariedad de unos cuantos mandarines de la Cultura con mayúscula, y aún llegaba la noticia de que este o aquel director juraba y perjuraba nunca más pisar un estudio de grabación.

La disputa resultaba tanto más graciosa cuanto que dos o tres años más tarde, como máximo, volvía a repetirse ante otra innovación tecnológica que salía de los laboratorios dispuesta a dar la batalla comercial. Resultaba así, del lado de los del «no va más» que sí, que claro que iba, y del lado de los de «la muerte del arte» que el muerto gozaba de tan buena salud que podía morir otra vez.

El penúltimo hallazgo que ha venido a dar ánimos a esta controversia ya secular ha sido el sonido digital. Lo califico de penúltimo hallazgo y no de último porque ya se sabe que la ciencia no descansa.

Como el lector se podrá imaginar, lo que es digital no es el sonido, sino su registro o transmisión. Ambas cosas han sido hechas posibles por el empleo de técnicas MIC, es decir, técnicas de Modulación por Impulsos Codificados —en origen, técnicas PCM, por la denominación en inglés Pulse Code Modulation—. La señal de tipo «analógico», como puede ser la voz o la música, es transformada, mediante esas técnicas, en señal «lógica», del tipo de aquellas con las que trabajan los ordenadores; los impulsos resultan así codificados, atribuyéndose un «1» a la presencia de impulso y un «0» a su ausencia: de este proceder con dígitos binarios es de donde proviene la denominación «digital». En transmisión de sonido lleva a la posibilidad de cubrir líneas de larga distancia sin apenas deterioro del sonido original, o de atender centrales telefónicas con una disminución grande del volumen de equipo. En materia de grabación, la principal ventaja que introduce el sistema digital es la virtual eliminación del ruido: sabido es que una de las luchas por el perfeccionamiento de los registros sonoros es la mantenida por

EL SONIDO DIGITAL

mejorar la relación entre señal y ruido, entendiéndose por éste cualquier perturbación que tienda a degradar el mensaje. Consecuentemente, las grabaciones hechas por el sistema digital pueden presentar de forma más real los diferentes planos sonoros, ofrecer una gama tímbrica más clara y fidedigna, precisar mejor y con mayor amplitud la dinámica o régimen de la intensidad del sonido, etcétera.

Así las cosas, parece claro que de la aplicación de las técnicas de registro digital a las grabaciones sonoras sólo pueden derivar beneficios. Ahora bien: ¿Ha ocurrido así de verdad? Por el momento, podemos escudarnos en aquello tan socorrido de la «falta de perspectiva histórica» para dar un diagnóstico que vaya más lejos del meramente provisional. Pero hay que llamar la atención sobre algunos fenómenos de interés.

Hay, ciertamente, determinadas circunstancias que pueden dar la razón a quienes sospechan. Muchos recordarán que cuando apareció el Cinerama todas las películas que empleaban el sistema tendían a quedarse en meras exhibiciones del mismo, subrayadas por los «ooohs» y «aaahs» de un público ingenuo, entre el que no faltaba nunca el sugestionable de turno que se mareaba en la correspondiente secuencia de lanchas rápidas o montaña rusa. Luego el Cinerama no dio más de sí que una desigual «Conquista del Oeste» donde el mejor fragmento, el de John Ford, iba en Cinerama como podía haber ido en cualquier otra cosa. Pues bien, parece que ese camino de asombrar al crédulo es el que de momento va siguiéndose a propósito de los discos digitales. Incluso en España, donde parece ser que todavía no hay mercado para estas exquisiteces y el invento queda exclusivamente para maniáticos de la alta fidelidad, entre las pocas cosas que hay tenemos ya el oportuno disco de Stanley Black, nombre asociado para la eternidad a los sonidos espectaculares de la compañía Decca, siempre proclive a estas cosas sin duda por el consistente y prolongado éxito de su catálogo «cuatro fases». La EMI, por su

parte, ha ofrecido una alternativa en la cual el especialista en clásicos populares es el ínclito Frank Pourcel..., que encima no lo hace mal, el hombre.

Hay otro detalle que puede resultar más revelador. Si ustedes buscan un disco digital aún en tiendas de países donde el sistema está ya divulgado suficientemente, lo más probable es que lo encuentre en un apartado especial, cuando no en un mueble o habitación «ad hoc». Similar procedimiento siguen muchos catálogos, e incluso las secciones de crítica de algunas revistas musicales. Se crea así una discriminación innecesaria entre unas grabaciones y otras. Es como si de dejar los digitales al lado de los otros se les pasaran a aquellos los miasmas de éstos y todo redundara en una mala audición para los adictos a la nueva técnica.

Y por ahí va buena parte de la historia. No hay que olvidar que en nuestros días, cuando ya no son discriminantes en cuestión de *status* socioeconómico datos como la posesión de automóvil o televisión en color, resulta que sí lo es la posesión de una cadena de alta fidelidad. Poco dirá esto, desde luego, del nivel cultural, preparación musical, o simple distinguir a Marujita Díaz de Dietrich Fischer-Dieskau (con perdón de la manera de señalar), que tenga el afortunado propietario de un sistema hi-fi supersofisticado: pero el caso es que a este señor se le abren de oficio las puertas del maravilloso mundo del sonido y se otorga



Disco grabado según el sistema digital.



a sus oídos el inalienable derecho a no tolerar otra cosa que los encantos menos discretos que trepidantes de una grabación evidentemente espléndida. Cada día —por notoria desgracia para muchos de ellos— son más frecuentes los tipos que, habiéndose iniciado una charla sobre música, la hacen derivar ineluctablemente a un torbellino de frecuencias, impedancias y watos por canal.

Puede argüirse que la cosa no es tan grave, y que existen temas de conversación todavía peores. Ocurre sin embargo que el melómano, e incluso el melómano que une a esta condición la aún más feamente denominada de discófilo, propende a no tener la oreja tan dada a la percepción de impurezas. Algunos, porque son tan fanáticos de determinados artistas que pasan por todo con tal de escucharlos: por pasar, los hay que pasan hasta de no escucharlos, con tal de saber que «están ahí». No sería descabellado pensar en la buena venta de la grabación pirata de un concierto al que asistió Mitropoulos, o Birgit Nilsson, por citar sólo las modestas



superestrellas del mundo clásico.

En cuanto al fanático del jazz, por cuyos dominios se mueve a menudo el abajo firmante, es todavía peor: éste es capaz de abonar con poco más que un gesto de contrariedad la bonita suma de treinta y cinco dólares —unas dos mil quinientas pesetas al cambio de cuando esto se escribe— por una abyecta grabación de una orquesta comercial entre cuyos saxofones se intuye la presencia de Charlie Parker o John Coltrane. El injustificado desembolso se compensa con el exhibir a los amigos la adquisición, o con el placer de descubrir tras repetidas escuchas la exigua aportación del ídolo; los hay con oído tan entrenado que descubren que además estaba Sonny Rollins.

Confieso que estos forofos irredentos me resultan más simpáticos que los primeros. Especialmente porque, para descifrar una nota de otra o un músico de otro en ese maremágnum que suele denominarse «grabación histórica», se han convertido también en especialistas en todo lo de los watos por canal y las impedancias, y seguro

que, en su modestia, lo saben con más propiedad o, por lo menos, con mayor adecuación a lo que se supone debe aportar la tecnología a la música. La clave del problema está en ello, no en lo que una técnica pueda tener de apabullante, o de discriminatoria a nivel socioeconómico, sino en lo que pueda favorecer a un público cada vez más exigente, y de hábitos musicales cada vez más refinados. No hay que olvidar que éstos aficionados, a los que, como dije, no les repugna ni siquiera que les llamen discófilos, son los primeros en saludar todas las conquistas del tipo de la que ha supuesto el sonido digital. Claro que cabe la excepción del discófilo que ha hecho ayer un dispendio en un equipo caro y lo ve hoy sobrepasado por un adelanto nuevo e inoportuno; pero aun lo de éste personaje no suele quedar más que en un disgusto pasajero.

...Mientras tanto, ahí está, como penúltimo grito, el sonido digital: hasta asoma por nuestro horizonte de país perpetuamente en vías de desarrollo. Tranquilícense las voces cuando por fin llegue del todo

—el sonido digital, que el desarrollo nunca acabará de llegar a este paso—: con todas sus ventajas, este procedimiento de grabación es cosa modesta al lado de lo que nos cuentan que se ha inventado ya. En Japón hay una máquina con la que uno puede construir la versión que el intérprete X jamás hizo de la pieza Y. Quiere ello decir que usted pone en la computadora una serie determinada de características de Furtwängler —con perdón otra vez de la manera de señalar— junto con otra serie de características de la orquesta que sea —será la Filarmónica de Berlín o la de Viena si es usted furtwängleriano de pro, o la del Festival de Bayreuth si lo es usted *usque ad inferos*—, y con las dos cosas los podemos tener al instante haciendo el tema heroico de «El Imperio contraataca», o mismamente el preludio de «La Verbena de la Paloma». Si los apocalípticos y los integrados quieren seguir a la greña, les recomiendo que pasen de digitales y esperen a que llegue este otro invento: ahí sí que tendrán ocasión para tirarse de los pelos. ■ J. R. R.